

*La obsesión de Quiroga con el tema de la muerte, el miedo y el amor en "El hijo"*

**Adriana M. Zecca-Ortiz**  
**The University of Texas Pan-American**  
**SPAN 6352**

La presencia avasalladora de la muerte en los cuentos de Horacio Quiroga (1878-1937) ha motivado a una cantidad de escritores a estudiar y escribir diversos artículos y estudios críticos sobre la obra de este gran cuentista uruguayo y digo "gran cuentista" porque así lo han catalogado los grandes críticos y autores literarios, por ser sus cuentos, su mejor producción literaria, y por ser éstos los que le han dado el reconocimiento como escritor. No es un secreto que la muerte es un tema constante en la mayoría de sus cuentos. En este estudio, me propongo investigar por qué los temas relacionados con la muerte fueron para Quiroga una obsesión atormentadora. Discutiremos también que no sólo la muerte aparece como único tema en sus cuentos. El tema del amor de un padre hacia su hijo y el temor de perderlo, aparecen en el cuento "*El Hijo*" (1934), considerado, según la crítica, como una de las mejores obras del autor. Analizaremos cómo estas experiencias con la muerte, en su vida personal, le afectaron a Quiroga y cómo éstas, se ven reflejadas en la mayoría de sus cuentos, y las relacionaremos particularmente con este cuento.

Tal vez uno se pregunte, ¿hasta dónde puede llegar el ser humano cuando éste ha pasado su vida rodeado por la muerte, y aún más cuando la muerte se le ha presentado de forma trágica y brutal? A Quiroga no le bastó vivir esas

experiencias en carne propia; no enterró ni olvidó esas amargas y tristes experiencias como la mayoría de la gente lo suele hacer. Él las resucitó, las repitió, y las volvió a vivir en sus cuentos de una forma más cruel, tormentosa y horrorosa. Hay quienes dicen que el autor se dejó llevar por la influencia de autores como Poe, Kipling, Maupassant, entre otros, y que inclusive copió la forma y los temas de horror y muerte que éstos ya habían utilizado con gran éxito en sus cuentos (Leante 368-369). El propio Quiroga afirma que proviene de la influencia de Poe “«Vaya por el último asociado de Kipling – Maupassant – Poe. Sin género de duda provengo de estos hombres, pero mucho más del primero»” (Boule-Christauflour 100). En nuestra opinión tal vez sí se dejó influenciar por estos autores ya que éstos estaban de moda, como muchos autores lo han hecho, pero la temática, en nuestra opinión, debida a esa experiencia con la muerte, es muy suya. Los demás no vivieron la muerte tan de cerca como Quiroga, es decir, no fueron testigos, ni partícipes en varias de las tragedias, ni les afectó como en nuestra opinión le afectaron al autor.

Desafortunadamente, la vida de Quiroga estuvo plasmada de infortunios. Sólo basta leer lo que los biógrafos han escrito sobre su vida para que cualquier lector se asombre y se estremezca. Veamos lo que nos dicen al respecto varios críticos en sus trabajos. En la cronología preparada por Masotta y Lafforgue en el trabajo de Noe Jitrik, vemos una lista detallada de la mayoría de las muertes trágicas que rodearon a nuestro autor. La primera desgracia ocurre en 1879 cuando su padre, al regresar de cacería, se hiere fatalmente cuando se le

engancha la escopeta al descender de una lancha, nuestro autor tenía solamente un año. Cuando Quiroga tenía veinticuatro años de edad, mata accidentalmente a su mejor amigo, Federico Ferrando, el 5 de marzo de 1902, cuando al examinar el arma que Ferrando iba a usar en un duelo; se le escapa un tiro penetrándose en la boca de su amigo. Se le interroga y pasa cuatro días en la Cárcel Correccional. Después, en 1915, con solamente seis años de matrimonio, su primera esposa y madre de Eglé, su primera hija y Darío, su segundo, se suicida al ingerir una dosis de sublimado, arrastándola a ocho largos días de agonía, en ese entonces nuestro autor tenía treinta y siete años. Finalmente, al enterarse de que padecía de un cáncer gástrico incurable, Quiroga, a los cincuenta y nueve años de edad, se quita la vida al ingerir cianuro el 19 de febrero de 1937 (Jitrik 13-45). En otro estudio se nos indica que el hermano mayor de Quiroga también muere de forma accidental (Flores 27). Crow, en su estudio, comenta la posibilidad de que la segunda esposa de Quiroga haya muerto de meningitis (42). Además, Rodés de Clérico y Bordoli Dolci, nos revelan que tanto el abuelo paterno de Quiroga como su padrastro también murieron trágicamente. El abuelo paterno, Facundo Quiroga, fue asesinado en 1835. Su padrastro, Ascencios Barcos se suicidó con una escopeta después de quedar inválido en 1895 cuando Quiroga tenía veinte años. Por si fuera poco, la hija de Quiroga, Eglé, se suicida un año después de la muerte de su padre en 1939 y para culminar con el infortunio de la familia Quiroga, su hijo Darío, también se suicida en 1951 (16-20). Como podemos ver, Quiroga vivió muy de cerca con la muerte, al igual que lo hicieron sus hijos, que

terminaron, de la misma forma que sus progenitores, arrancándose la vida, trágicamente, con sus propias manos.

En el cuento “*El hijo*” podemos observar la obsesión de Quiroga con la muerte, pero es una obsesión, en nuestra opinión, causada por las experiencias que nuestro autor vivió. En este cuento podemos comparar al padre, protagonista de “*El hijo*” con su creador, Quiroga. Aquí el autor nos revela detalles muy personales e íntimos de su vida. Comenzaremos por explicar cuáles son. Primeramente, la ubicación. Muchos de los cuentos de Quiroga tienen como escenario, al que muchos críticos literarios le han llamado “el mundo misionero.” El cuento “*El hijo*” inicia precisamente haciendo referencia a Misiones, lugar donde vivió Quiroga con sus hijos: “*Es un poderoso día de verano en Misiones con todo el sol, el calor y la calma que puede deparar la estación. La naturaleza, plenamente abierta, se siente satisfecha de sí.*” (Quiroga 66) Nos preguntamos, ¿dónde está ese mundo misionero, cómo lo descubrió, qué buscó Quiroga en ese mundo y con qué propósito? Veamos primero dónde se encuentra la ubicación de Misiones y después lo que han dicho algunos críticos al respecto. De acuerdo con Morales, la región fronteriza de Misiones se encuentra en el noreste argentino (73). Leante, por su parte, nos dice que el primer contacto que tuvo Quiroga con Misiones fue en el año 1903, cuando aceptó ir con Lugones, en calidad de fotógrafo, a una expedición que Lugones dirigió, con el propósito de estudiar las ruinas jesuíticas del antiguo imperio (370). Rodríguez Monegal concluye que “el ambiente semiselvático conmovió” a

nuestro autor después de la experiencia tan amarga que tuvo durante su estancia en París en 1900, en la que el autor pasó hambre y sintió la indiferencia de la grandiosa ciudad (Flores 234). Boule-Christaflour en su estudio, añade que a Quiroga ya no le satisfacía la vida “civilizada” y aprovechando la oferta que le hizo el gobierno, compró 187 hectáreas en San Ignacio (Misiones) y con sus propias manos construyó la casa de sus sueños durante sus vacaciones entre 1906 y 1909 (83-84). Finalmente en 1910 se instala, junto con su primera esposa, a vivir en Misiones (Morales 73-74). Mas sin embargo, fueron pocos los años de felicidad que vivió en Misiones, ya que en 1915, su esposa se suicida, ahí mismo, dejando viudo a Quiroga y huérfanos de madre a sus pequeños hijos, Eglé de cuatro y Darío de tres años de edad. Pasada la tragedia, nos dice Morales, Quiroga se queda en Misiones hasta 1916, aunque regresa a Misiones en más de una ocasión (74). En “El hijo” podemos ver que solamente hay dos personajes, un padre viudo y su hijo. Veamos cómo se nos plantea este dato autobiográfico del autor en el cuento:

*“No es fácil, sin embargo, para un padre viudo, sin otra fe ni esperanza que la vida de su hijo, educarlo como lo ha hecho él, libre en su corto radio de acción, seguro de sus pequeños pies y manos desde que tenía cuatro años, consciente de la inmensidad de ciertos peligros y de la escasez de sus propias fuerzas.” (Quiroga 67)*

Recordemos la corta edad que tenían sus hijos cuando su esposa se suicidó.

Tenían aproximadamente la misma edad del hijo que Quiroga nos relata en su cuento. Hablando de los personajes, nos interesa también señalar que los que aparecen y mueren en los cuentos de Quiroga, no son solamente hombres o

mujeres de la edad adulta; tristemente, como nos dice Ray, “..aun tratándose de los niños más pequeños aparece el tema trágico de la vida” (276-277). Nos preguntamos ¿por qué mueren y de qué manera? Según la crítica, en sus cuentos mueren criaturas recién nacidas, niños pequeños de todas las edades y de ambos sexos, y hasta adolescentes, como en el caso de “*El hijo.*” Estos pequeños personajes mueren por causas muy diferentes y a veces horribles, como por ejemplo, desastres de la naturaleza, enfermedades contagiosas, por los peligros del campo, por mencionar sólo algunas (Ray 277-279). En su estudio, Ray concluye que Quiroga “quiere dar la idea del sufrimiento y del dolor” y que no hay otro dolor más grande que la muerte de un hijo querido (279). Además, añade que “lo que hace sufrir a los padres no sólo es el hecho consumado sino la posibilidad de que la muerte pueda llegar de cualquier lado, en cualquier momento, sin que la edad ni la inocencia de la víctima tenga nada que ver con ello” (279). Estamos en total acuerdo con la opinión expresada por Ray porque es precisamente lo que observamos en el cuento “*El hijo.*” El protagonista “sufre” con tan solo pensar o imaginar que la muerte, otra vez, lo vuelva a sorprender. Nos preguntamos ahora, ¿por qué escribió Quiroga este cuento? Según Rodríguez, Julio Payró, amigo de Quiroga, contó la siguiente anécdota que nos ayuda, en nuestra opinión, a comprender la angustia de Quiroga, el padre, en este cuento:

“Para mí no hay cuento superior a “*El hijo.*” Yo creo que al escribirlo Quiroga libera toda su angustia, que no era poca por cierto. La cosa ocurrió así: Darío, (el hijo de Quiroga) de chico, se internaba

frecuentemente en el monte, que conocía bien. Un día Darío salió de su casa y se ausentó durante treinta o cuarenta minutos. Y el padre, que lo había educado para el peligro y la aventura, comienza a inquietarse. No le dice ni se lo dice porque teme a su propio miedo, a encontrar a su hijo muerto en el monte." (506)

De acuerdo con las palabras de Payró, en la previa cita, Quiroga, en el cuento, "libera toda su angustia...porque teme a su propio miedo." Estamos de acuerdo con la opinión expresada por Payró, porque en el cuento vemos precisamente el miedo, el terror que tiene Quiroga no sólo de encontrar a su hijo muerto, sino de imaginar lo peor. Nos parece también interesante, hacer notar el propósito, que según Payró, tuvo Quiroga en mente para educar a su hijo, "lo había educado para el peligro." Concluimos que la educación que les dio Quiroga a sus propios hijos es muy similar a la que le dio nuestro personaje principal a su hijo. De acuerdo con Oscar Masotta y Jorge Lafforgue en el estudio de Jitrik, fue Quiroga quien se ocupó de la educación de sus hijos, y en nuestra opinión, lo hizo precisamente por la obsesión que tenía con la muerte y por la misma razón los educó de la siguiente manera:

"...en cuanto pudieron sostenerse sobre los pies, los llevaba de acompañantes en sus internaciones monteses o en los 'raids' de su piragua. Los arrimaba al peligro para que, a un tiempo, tuviesen conciencia de él y aprendieran a no temerle. Y sobre todo, les exigía una obediencia absoluta. Ya más grandes los sometía a pruebas temerarias, con una confianza no tan completa,...Eran, en efecto, experiencias inauditas, como la de dejarlos largo tiempo solos en una espesura del bosque, o la de sentarlos en el borde de los acantilados con las piernas balanceándose sobre el abismo." (26)

Veamos cómo se nos presenta esta experiencia autobiográfica en el cuento:

*"Sabe que su hijo, educado desde su más tierna infancia en el hábito y la preocupación del peligro, puede manejar un fusil y cazar no importa qué." (Quiroga 66)*

*“El peligro subsiste siempre para el hombre en cualquier edad; pero su amenaza amengua si desde pequeño se acostumbra a no contar sino con sus propias fuerzas. De este modo ha educado el padre a su hijo...” (Quiroga 67)*

En el cuento, podemos también observar el respeto y la obediencia del hijo hacia su padre y el amor que ambos se tienen, como por ejemplo, cuando el padre le habla a su hijo, lo hace con palabras llenas de ternura y mucho amor, aunque podemos también palpar ese miedo que invade al padre de que algo “trágico,” por así llamarlo, le pase a su hijo. Analicemos las siguientes frases en las que se puede percibir tanto el miedo del autor como el amor y la educación que le ha dado el protagonista a su hijo y cómo éste se dirige a su padre: *“Ten cuidado, chiquito...” “Vuelve a la hora de almorzar...”* (Quiroga 66). El hijo no hace sino contestar con ese respeto y obediencia, que su progenitor le ha adoctrinado, a las advertencias que su padre le hace: *“Sí, papá”* luego, con la escopeta en la mano, *“sonríe a su padre, lo besa en la cabeza y parte”* (Quiroga 66). Es tanta la obsesión de nuestro autor con la muerte, pero sobre todo el miedo tan terrible que tiene de perder a su hijo en una forma trágica, que al partir su hijo hacia la selva, con el fin de *“..cazar no importa qué,”* sigue nuestro protagonista *“...con la mente la marcha de su hijo.”* (Quiroga 66) Rodés de Clérico y Bordoli Dolci opinan que la acción del padre, de recorrer mentalmente el camino que ha emprendido su hijo, *“implica una actitud protectora, y en cierta forma guiadora”* (94). Sin embargo, nosotros opinamos que esta acción implica el temor, la angustia y la inquietud que invade al padre por dos simples razones. La primera, porque él conoce los peligros a los que está exponiendo a su hijo en un lugar tan peligroso como lo es

la selva, “*¡Tan fácilmente una criatura calcula mal, sienta un pie en el vacío, y se pierde un hijo!*” (Quiroga 67) La segunda, porque es tanta la obsesión que tiene Quiroga con la muerte, que tiene miedo de que ocurra otra desgracia, como las que ocurrieron en su vida personal. Fijémonos bien en la frase “*¡Tan fácilmente...se pierde un hijo!*” Es como si Quiroga nos estuviese diciendo o recordando, lo que muchos ya sabemos, que la vida se puede perder “fácilmente” en un instante; él fue testigo de esos instantes que le arrebataron la vida a sus seres queridos. De hecho, Charles Param en su estudio, nos dice que Quiroga usó la naturaleza, precisamente para comentar sobre la fragilidad del ser humano y concluye que el destino del hombre, su éxito o su fracaso, por lo general, dependen de él mismo (428-429). En el cuento podemos ver que en efecto, la naturaleza en Misiones, ha servido, en este caso, y de cierto modo, como escenario para que ocurriera el accidente que ultimadamente cobró la vida del hijo del protagonista. Pero también estamos de acuerdo con la opinión expresada por Param, de que el propio descuido del hombre puede resultar trágico, y tal parece ser el caso del hijo (431). Roberto Paoli, por su parte, opina que los accidentes que ocurren en los cuentos de Quiroga, “suceden por una leve imprudencia y en la soledad....por falta de auxilio....no se sabe si el hijo muere en el acto o por lento desangramiento, ya que el padre no le da importancia a la detonación, y sale en busca de él demasiado tarde” (968). Estamos de acuerdo con Paoli, porque en realidad, en el cuento vemos que precisamente cuando “*el padre se siente feliz, tranquilo y seguro del porvenir*” se escucha un disparo. “ – La

*Saint – Etienne... – piensa el padre al reconocer la detonación...Sin prestar más atención al nimio acontecimiento, el hombre se abstrae de nuevo en su tarea.” (Quiroga 68) Mas inmediatamente, después de que el padre se ha dado cuenta de que su hijo no ha retornado a la hora fijada, éste hace un esfuerzo por concentrarse en lo que estaba haciendo, pero ya su mente, dominada por la angustia y el temor, no puede sino imaginar “ ¡Es tan fácil, tan fácil perder la noción de la hora dentro del monte, y sentarse un rato en el suelo mientras se descansa inmóvil...” (Quiroga 68-69)*

Es precisamente al reflexionar sobre lo que su mente acaba de pensar, de que su hijo “descansa inmóvil,” lo que da comienzo al tormento, la agonía, y la angustia emocional del padre. Ya ni la “ciega confianza en la educación de un hijo” (Quiroga 69), pueden hacer que huyan de él, el fantasma de la fatalidad. Y es precisamente ese fantasma de la fatalidad, la muerte, que desde chico ha perseguido a nuestro autor, el que en nuestra opinión, hace que nuestro protagonista llegue a alucinar en este cuento. Pero estas alucinaciones, no son, en nuestra opinión, causadas por la locura o la enfermedad del padre, como nos lo han sugerido varios críticos. Mas bien, estas alucinaciones, son, en nuestra opinión, causadas por las experiencias trágicas que nuestro autor tuvo con la muerte, como anteriormente lo hemos mencionado. Estas alucinaciones que aparecen en el cuento, las podríamos interpretar de dos maneras distintas, es decir, la primera, como una premonición y la segunda, como una negación. Expliquémonos mejor. En la primera “alucinación,” según Paoli, el protagonista “ha visto el fantasma de su esposa difunta” (971). Paoli se refiere cuando el

narrador del cuento nos dice que el protagonista “...sufre desde hace un tiempo de alucinaciones. Ha visto, concretados en dolorosísima ilusión, recuerdos de una felicidad que no debía surgir más de la nada en que se recluyó.” (Quiroga 67-68) Acabada esta frase, el narrador prosigue con las alucinaciones “La imagen de su propio hijo no ha escapado a este tormento. Lo ha visto una vez rodar envuelto en sangre cuando el chico percutía en la morsa del taller una bala de parabellum, siendo así que lo que hacía era limar la hebilla de su cinturón de caza.” (Quiroga 68) Si bien, el protagonista no ha podido borrar de su mente la muerte trágica de su esposa, deducimos que debido a tanto dolor, la alucinación que tiene de su hijo, no es sino una premonición del final trágico que le espera. Tal parece que el fantasma de su mujer le anunciara, de cierto modo, la muerte de su hijo. Veamos primero las frases de pesimismo que encontramos en el cuento, cuando el protagonista, sale a buscar a su hijo, casi con la certeza de que una desgracia le ha sucedido:

*“...no ha cruzado el abra una sola persona a anunciarle que al cruzar un alambrado, **una gran desgracia...**adquiere la seguridad de que cada paso que da en adelante lo lleva, fatal e inexorablemente, al **cadáver de su hijo...Ha muerto su hijo** al cruzar un...sabe bien que el solo acto de pronunciar su nombre, de llamarlo en voz alta, será la confesión de **su muerte...**va el padre buscando a **su hijo que acaba de morir...**” (Quiroga 69-70)*

La segunda alucinación, en nuestra opinión, se debe a que el padre se rehusa a aceptar que su hijo está muerto por razones muy obvias. Es una alucinación, que podríamos denominar como una negación. ¿Qué padre o qué madre, con las experiencias que ha tenido nuestro autor con la muerte, no reaccionaría de esta manera al sospechar que una desgracia le ha ocurrido a su hijo amado? Es como

para volverse uno loco de pura angustia y dolor. Es precisamente lo que Ray nos ha dicho en su estudio. Nuestro protagonista sufre con tan sólo imaginarse lo peor, y el dolor del protagonista es tan grande que lo percibimos claramente en el cuento. Veamos las siguientes frases que comprueban lo antes dicho:

*“...el corazón del padre se detienen a compás de lo que acaba de pensar: su hijo descansa inmóvil...El padre sofoca un grito. Ha visto levantarse en el aire...¡Oh, no es su hijo, no!...Y vuelve a otro lado, y a otro y a otro...Nada se ganaría con ver el color de su tez y la angustia de sus ojos...Aunque su corazón clama por él a gritos, su boca continúa muda... – ¡Chiquito! – se le escapa de pronto. Y si la voz de un hombre de carácter es capaz de llorar, tapémonos de misericordia los oídos ante la angustia que clama en aquella voz...envejecido en diez años, va el padre buscando a su hijo...¡Hijito mío!...¡Chiquito mío!... – clama en un diminutivo que se alza del fondo de sus entrañas...¡Chiquito!...¡Mi hijo!...” (Quiroga 69-70)*

Es tan grande la sospecha y después la certeza de que su hijo está muerto que nuestro protagonista se rehusa rotundamente a creerlo y a aceptarlo, (*¡Oh, no es su hijo, no!*), es por todo esto, que opinamos, que la segunda alucinación que aparece casi al final del cuento, se debe a este motivo. El padre, que presiente que su hijo ya está muerto, anhela tanto encontrarlo y verlo, de nueva cuenta, vivo, que la única posibilidad que tiene de hacerlo, con ese dolor inmenso que le invade el alma, es alucinándolo:

*“cuando ve bruscamente desembocar de un pique lateral a su hijo...Chiquito...murmura el hombre. Y, exhausto, se deja caer sentado en la arena albeante, rodeando con los brazos las piernas de su hijo...Juntos, ahora, padre e hijo emprenden el regreso a la casa...el hombre vuelve a casa con su hijo, sobre cuyos hombros, casi del alto de los suyos, lleva pasado su feliz brazo de padre...Sonríe de alucinada felicidad...Pues ese padre va solo...Porque tras él, al pie de un poste y con las piernas en alto, enredadas en el alambre de púa, su hijo bien amado yace al sol, muerto desde las diez de la mañana.” (Quiroga 70-71)*

Tan inmenso es el dolor de este padre al perder a su hijo, que hasta el propio hijo, en la alucinación que sufre el padre, se conmueve y se apiada de él: “...le acaricia despacio la cabeza: — Pobre papá...” (Quiroga 71)

Una vez más, uno de los personajes de Quiroga muere, accidentalmente, en ese mundo misionero, que no tiene piedad ni con los niños ni con los adolescentes. Analicemos y relacionemos ahora la forma en que murió el hijo de nuestro protagonista con algunos de los seres queridos del autor. El hijo del protagonista, al parecer, murió por la herida que le causó la escopeta, al disparársele ésta, cuando el chico se enredó en los alambres de púas, que posiblemente no vio por haber estado cubiertos por las hierbas del monte. Recordemos que el padre de Quiroga murió de una forma accidental, podríamos decir, casi idéntica a la forma en que murió el hijo en el cuento. A los dos se les disparó accidentalmente el arma. Tanto el padre de Quiroga, como el hijo en el cuento, andaban de cacería. El hijo, murió casi al partir y el padre de Quiroga al regresar de cacería. Recordemos también que el arma de fuego también fue la causa del suicidio de su padrastro y de la muerte accidental de su mejor amigo. No es una coincidencia que nuestro autor haya utilizado esta arma en su cuento para ponerle fin a la vida del hijo del protagonista. Claramente podemos deducir que la obsesión que tuvo Quiroga con la muerte, lo ha impulsado a escribir estos cuentos. Otro dato autobiográfico que aparece en el cuento, y que nos interesa señalar, es la enfermedad que padecía Quiroga. De hecho, nos atrevemos a sugerir, que Quiroga ya sentía los malestares de la enfermedad

cuando escribió este cuento. Nos lo dice claramente: “...porque ese padre, de estómago y vista débiles...” (Quiroga 67) Recordemos que este cuento se publicó en 1934, junto con otros cuentos en la colección de El más allá y Quiroga murió tres años después. Señalemos ahora de qué manera vio Quiroga a la muerte en su juventud y cómo la vio al final de sus días. El estudio de Boule-Christauflour, presenta unas cartas que Quiroga escribió, y en una de ellas podemos comprobar que en realidad la muerte fue una obsesión para el autor. La siguiente carta la escribió Quiroga el 29 de abril de 1936, diez meses antes de su muerte:

“Yo fui o me sentía creador en mi juventud y madurez, al punto de temer exclusivamente a la muerte, si prematura...Cuando consideré que había cumplido mi obra – es decir, que había dado ya de mí todo lo más fuerte – comencé a ver la muerte de otro modo...ella significa descanso...La esperanza del vivir para un joven árbol es de idéntica esencia a su espera del morir cuando ya dió sus frutos.” (97)

En esta carta podemos percibir que, de cierto modo, Quiroga ansiaba morir para darle quizás un descanso final a su espíritu atormentado y a ese cuerpo quebrantado por un mal incurable. El título de la colección de cuentos El más allá, en la que aparece este cuento, le ha llamado la atención a John Crow, ya que éste se pregunta si el título “revela algún presentimiento de la muerte” ya que en uno de los cuentos de esta colección, titulado “*Más allá*,” Quiroga presenta a unos personajes que se suicidan con cianuro, el mismo cianuro que utilizó Quiroga para darle fin a su existencia. Crow sugiere, que la novia, que aparece en el cuento “*Más allá*,” manifiesta la misma aflicción que pudo haber sido la misma de nuestro autor:

“No puedo decir que me sentía orgullosa de lo que iba a hacer, ni tampoco feliz de morir. Era algo más fatal, menos frenético, más sin remisión, como si desde el fondo del pasado de mis abuelos, mis bisabuelos, mi infancia misma, mi primera comunión, mis ensueños, como si todo esto no hubiera tenido otra finalidad que empujarme al suicidio.” (42-43)

Crow opina, que Quiroga “está procurando exculparse o al menos justificar espiritualmente el desesperado acto final de su existencia echando la culpa a esa misma existencia y hasta a su pasado prenatal” (43). Podemos concluir, que en el cuento “El hijo,” el autor trató, en nuestra opinión, de sacar desde el fondo de su corazón, ese dolor, y esa angustia que la experiencia con la muerte le causó. Quiroga revivió en este cuento, una vez más, sus temores y nos mostró su lado humano. Pudimos observar el amor y la angustia de un padre que se niega a aceptar la pérdida trágica de un ser querido. No nos queda sino mencionar que tanto la vida de Quiroga como los personajes de sus cuentos, estuvieron marcados por esa fatalidad que tanto lo atormentó. Es probable que Quiroga, con su suicidio, buscara en “el más allá” la paz eterna que en este mundo, en sus cuentos, y en su corta vida, nunca encontró.

## Obras Citadas

- Boule-Christauflour, Annie. "Horacio Quiroga cuenta su propia vida (apuntes para una biografía)." *Bulletin Hispanique* 77 (1975): 74-106.
- Crow, John. "La Locura de Horacio Quiroga." *Revista Iberoamericana* 1 (1939): 33-45.
- Flores, Ángel. Aproximaciones a Horacio Quiroga. Venezuela: Monte Ávila, 1976.
- Jitrik, Noé. Horacio Quiroga: Una obra de experiencia y riesgo. Uruguay: Arca, 1967.
- Leante, César. "Horacio Quiroga: El juicio del futuro." *Cuadernos Hispanoamericanos* 383 (1982): 367-380.
- Morales, Leónidas. "Historia de una ruptura: El tema de la naturaleza en Quiroga." *Revista Chilena de Literatura* 22 (1983): 73-92.
- Paoli, Roberto. "El perfecto cuentista: Comentario a tres textos de Horacio Quiroga." *Revista Hispanoamericana* 58 (1992): 953-974.
- Param, Charles. "Horacio Quiroga and His Exceptional Protagonists." *Hispania* 55 (1972): 428-435.
- Quiroga, Horacio. El Más allá. Argentina: Losada, 1970.
- Ray, Gordon B. "Infancia, niñez y adolescencia, en la obra de Horacio Quiroga." *Revista Iberoamericana* 18 (1954): 273-314.
- Rodés de Clérico, María E., and R, Bordoli Dolci. Horacio Quiroga: Antología, estudio crítico y notas. Uruguay: Arca, 1977.

## Bibliografía

- Acereda, Alberto. "Del criollismo a la urgencia existencial. Fatalidad y angustia en tres cuentos de Horacio Quiroga." *Castilla: Estudios de Literatura* 26 (2001): 7-17.
- Alonso, Carlos. "Muerte y resurrecciones de Horacio Quiroga." *La Torre: Revista de la Universidad de Puerto Rico* 7 (1993): 301-317.
- Arango, Manuel. "Sobre dos cuentos de Horacio Quiroga: Correlación en el tema de la muerte, el ambiente y la estructura narrativa en "A la deriva" y "El hombre muerto." *Thesaurus: Boletín del Instituto Caro y Cuervo* 37 (1982): 153-161.
- Boule-Christauflour, Annie. "Horacio Quiroga cuenta su propia vida (apuntes para una biografía)." *Bulletin Hispanique* 77 (1975): 74-106.
- Bratosevich, Nicolás A. S. El estilo de Horacio Quiroga en sus cuentos. España: Gredos, 1973.
- Collard, Andree. "La muerte en los Cuentos de Horacio Quiroga." *Hispania* 41 (1958): 278-281.
- Crow, John. "La Locura de Horacio Quiroga." *Revista Iberoamericana* 1 (1939): 33-45.
- Duarte, José. "Horacio Quiroga como escritor de frontera." 1 *Hipertexto* (2005):116-120.
- Echevarría, Evelio. "Jack London y Horacio Quiroga." *Revista Iberoamericana* 53 (1987): 635-642.
- Ekstrom, Margaret. "La tierra indiferente en los cuentos de Quiroga y de Rulfo." *Cuadernos de Aldeeu* 1 (1983): 211-218.

- Fleming Figueroa, Leonor. "Horacio Quiroga y la crítica: Un siglo de gozos y de sombras (1895-1995). Cuadernos hispanoamericanos: *Revista Mensual de Cultura Hispánica* 537 (1995): 103-108.
- , "Horacio Quiroga: Escritor a la interperie." *Revista de Occidente* 113 (1990): 95-111.
- Flores, Ángel. Aproximaciones a Horacio Quiroga. Venezuela: Monte Ávila, 1976.
- García, Guillermo. "Horacio Quiroga y el nacimiento del escritor profesional." *Ciberletras* 12 (2005): 1-9.
- Garth, Todd. "Horacio Quiroga's Heroic Paradigm." *Revista canadiense de estudios hispánicos* 29 (2005): 453-468.
- Gómez, Edmundo. "Horacio Quiroga y las «misiones» de su escritura." *Río de la Plata* 4-6 (1987): 245-252.
- González López, Waldo. "Quiroga en su narrativa para niños." *Casa de las Américas* 116 (1979): 15-20.
- Holland, Norman S. "«Doctoring» in Quiroga." *Confluencia: Revista Hispánica de Cultura y Literatura* 9 (1994): 64-72.
- Jitrik, Noé. Horacio Quiroga: Una obra de experiencia y riesgo. Uruguay: Arca, 1967.
- Leante, César. "Horacio Quiroga: El juicio del futuro." *Cuadernos Hispanoamericanos*. 383 (1982): 367-380.
- Llano, Dante. "Estilo y técnica en "El salvaje" de Horacio Quiroga." *Quaderni Ibero-Americani: Attualita Culturale della Penisola Ibérica e América Latina*. 73 (1993): 37-48.

- Martul Tobío, L. "Ejes conceptuales del pensamiento de Horacio Quiroga." *Cuadernos Hispanoamericanos* 443 (1987): 73-87.
- Montaldo, Graciela. "Quiroga: El fracaso del dandy, el fracaso del aventurero." *Anales de la Literatura Española Contemporánea* 23 (1998): 235-247.
- Mora, Gabriela. "Horacio Quiroga y Julio Cortázar: Teóricos del cuento." *Revista canadiense de estudios hispánicos* 11 (1987): 559-572.
- Morales, Leónidas. "Historia de una ruptura: El tema de la naturaleza en Quiroga." *Revista Chilena de Literatura* 22 (1983) 73-92.
- Paoli, Roberto. "El perfecto cuentista: Comentario a tres textos de Horacio Quiroga." *Revista Hispanoamericana* 58 (1992): 953-974.
- Param, Charles. "Horacio Quiroga and His Exceptional Protagonists." *Hispania* 55 (1972): 428-435.
- Pérez Martín, Norma. "Eros y Thanatos en el epistolario de Horacio Quiroga." *Cahiers d'Etudes Romanes* 13 (1988): 67-71.
- Poulet, Jaques. "Texto fantástico e ideología: La intertextualidad: de Quiroga a Cortázar." *Cuento en Red* 4 (201) 1-13.
- Quiroga, Horacio. El más allá. Argentina: Losada, 1970.
- Ray, Gordon B. "Infancia, niñez y adolescencia, en la obra de Horacio Quiroga." *Revista Iberoamericana* 18 (1954): 273-314.
- Rodés de Clérico, María E., and R, Bordoli Dolci. Horacio Quiroga: Antología, estudio crítico y notas. Uruguay: Arca, 1977.

Romano, Eduardo. "Horacio Quiroga, ¿primer escritor rioplatense de vanguardia?"

*Cuadernos Hispanoamericanos: Revista Mensual de Cultura Hispánica* 529-530

(1994): 21-32.

Salgado, María A. "Quiroga's "El Hijo": Prototype of His Art." *South Atlantic Bulletin*

36 (1971): 24-31.

Scari, Robert. "Horacio Quiroga y los fenómenos parapsicológicos." 397 *Cuadernos*

*Hispanoamericanos* (1983): 123-132.

Willey, Benjamín. "La selva quijotesca: Un análisis de la obra de Horacio Quiroga

desde una perspectiva cervantina." *Texto Crítico* 6 (2002): 147-168.